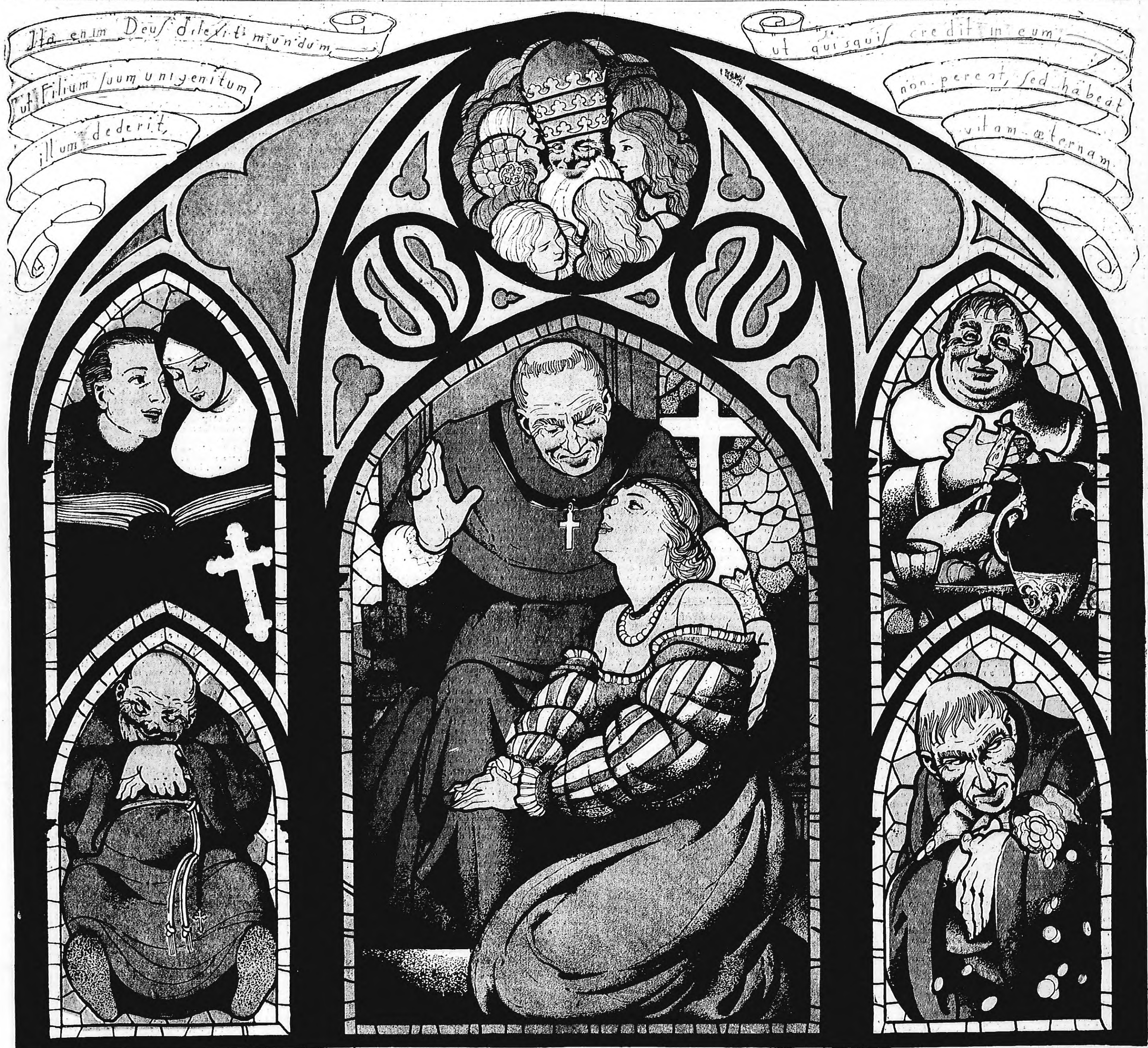
MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

JORNADA

1ª SECCION MULTICOLOR



NO VAYAS A ROMA, ABRAHAM

INSPIRACION DE UN CUENTO DE BOCACCIO.

GIANOTO y Abraham eran dos comerciantes que vivían en París. Gianoto era cristiano y Abraham judío. Aunque marchaban perfectamente de acuerdo para expoliar a la gente con su tráfico, en entrando a discutir de religión, se mostraban adversos. Abraham estaba muy aferrado a su ley judaica y Gianoto se empeñaba en convertirlo al cristianismo.

—He nacido hebreo — decía Abraham — y permaneceré en mi ley hasta la muerte.

—¡Qué lástima — comentaba Gianoto — que un hombre tan bueno se condene para el otro mundo!

Hasta que un día, persuadido por las instancias de su amigo, respondió Abraham:

—Pues bien, querido Gianoto, abrazaré tu religión; pero antes iré a Roma a ver al que tú llamas vicario general de Dios en la Tierra y a sus ministros. Quiero conocer sus costumbres y su ejemplo.

¡Adiós mi empeño!, pensó Gianoto. Tenía razón para pensarlo: ¿Quién no conocía la vida disipada de los cardenales y del papa?; ¿quién ignoraba la corrupción de Roma bajo la iglesia? Abraham vería aquel antro del vicio, se horrorizaría y se resistiría más que nunca a la conversión.

—¿Por qué, amigo mío — dijo al hebreo — ese trabajo? Será un gasto inútil; además, los caminos del mundo son siempre peligrosos para un hombre rico. ¿No tienes doctores en París? Ellos te ilustrarán convenientemente sobre la religión cristiana. ¡No vayas a Roma, Abraham!

Pero el judío insistió en que el viaje era su condición previa para tomar tan grave determinación.

—Veré a los sacerdotes de Cristo — decía —. Si su vida, como ministros de una religión tan sabia, es más pura que la nuestra, no titubearé en abjurar la fe de mis padres. En caso contrario, seguiré siendo siempre judío.

Gianoto tuvo que callar y consentir. Cuando vió partir a su amigo se sintió sin consuelo: experimentaba por anticipado la pena del fracaso de sus esfuerzos y la vergüenza de la segura decepción de Abraham.

El viajero, en tanto, llegó a la capital del orbe cristiano y se dedicó con diligencia a su propósito. No tardó en comprobar que Roma era una pocilga, y toda la clerecía, del papa abajo, y la devoción, una ignominia insospechable. Se traficaba con todo, con Dios y con el mundo, con gentiles y con cristianos, con puestos y con sentimientos; la pereza era contemplación, la lujuria era amor, la gula era reparación de fuerzas, el robo era restitución, la mentira era piedad, y por ahí adelante.

¡Cómo para hacerse cristiano! ¡Si aquella parecía exactamente la religión del vicio! Gianoto podía envainar para siempre sus recomendaciones. En realidad, si era hombre de bien debía abandonar él mismo aquella nefanda religión, injuria de Dios en la Tierra.

Abraham salió de Roma horrorizado, como lo había presentido el amigo. Lo mejor era ni volver a pensar en tan dolorosa experiencia. Gianoto y él podían seguir comerciando, podían continuar sonsacando honradamente al prójimo y al distante y podían prodigarse mutuo afecto sin necesidad de hablar de religión otra vez en la vida.

Pero la impresión del espectáculo romano había sido demasiado intensa para poder olvidarla de primera intención. A pesar suyo, Abraham, de regreso, siguió viendo en su imaginación la corrupción de Roma e indignándose al contemplarla mentalmente. Todavía era mayor su despecho que ante la propia realidad: meditándola, podía apreciarla con mayor rigor.

Le esperaba en París, conocedor de su retorno y aturdido con nefastos presentimientos, su buen amigo.

—¡Roma es un horror! — exclamó el judío al llegar antes de toda expresión de saludo.

—Te lo previne — observó apresuradamente Gianoto.

No era verdad: el celoso cristiano no había prevenido del mal ejemplo de Roma a su amigo. Pero su temor, comenzado a justificar, le hacía fingir inconscientemente una precaución que no había existido. Por otra parte, el acaloramiento de que por sus primeras palabras parecía poseído Abraham, provocó en Gianoto la sensación de un pesar compartido mutuamente que le obligaba a una sinceridad madrugadora.

—Los devotos romanos son unos farsantes — añadió el viajero.

—Lo son — corroboró el otro.

—Los curas, unos viciosos — añadió Abraham.

—Que Dios castigue.

—Los cardenales, unos bandidos.

—Así sufran el fuego eterno.

—Y el papa el capitán de todos.

—¡El Señor sea con nosotros!

Abraham se expresaba apasionadamente; Gianoto recibía con resignación un chubasco.

—¡Pobre rabí de Galilea, cómo te maltratan tus adoradores! —profirió de pronto el judío.

El cristiano, que con aquella actitud se veía tácitamente excusado de su mal consejo, sintió deseos de abrazar a su amigo.

—¡Pobre Jesús de Nazaret! — corroboró, unidas piadosamente las palmas de las manos, elevada al cielo la mirada de águila —. Aun después de muerto te escarnecen.

—Por eso mismo—agregó súbitamente Abraham—he decidido hacerme cristiano hoy mismo.

Gianoto adoptó un gesto y un ademán más humanos que los que tenía, pero más asombrado también. ¿Se chanceaba su amigo? Todo aquel horror de que parecía poseído, no era más que chunga disfrazada?

—Deja ese asombro y acompáñame a un templo — prosiguió impertérrito Abraham.

Ni él mismo podría haber dicho en qué instante había tomado aquella sorprendente resolución ni por qué le urgía.

—¿Te burlas de mí? — atinó a preguntar Gianoto.

—Vamos, vamos a una iglesia; quiero bautizarme.

El cristiano parecía un idiota ante un simplón; los dos juntos, un par de zoquetes que saliéndose de sus mañas comerciales se dejaban colgar el calzón en las narices.

—Quiero ser cristiano — concluyó el judío —. Tiene que ser muy grande esa religión para que persista y aun cunda por el mundo a pesar de todos los esfuerzos que hacen por destruirla los devotos, los curas, los cardenales y el Sumo Pontífice.

Ilustró [illegible]

UNA SECTA MUNDIAL DE CURANDEROS

LA Ciencia Cristiana es una secta mundial de curanderos seudocientíficos, seudorreligiosos, nacida en Norte América, extendida a otros países, especialmente a Alemania, y cuyos principios básicos son los siguientes:

Dios es todo bondad y todo espíritu; el mundo es todo Dios; por consiguiente el mundo es todo espíritu y toda bondad. Si es todo bondad, el mal no puede existir en él, y si es todo espíritu, no puede existir en él la materia. ¿Cómo creer, pues, en las enfermedades? Para que haya enfermedades tienen que existir la materia, que se enferma, y el mal, que enferma la materia. Lo que llamamos materia y enfermedad no es más que un error. De este error nos salvamos con la fe. Nos basta creer, en efecto, que el dolor es error nuestro, para curarnos de él.

He ahí, en resumen, la doctrina de la Ciencia Cristiana. Por qué se llama cristiana, se comprenderá fácilmente si se recuerda el Evangelio. Jesucristo obraba milagros por la fe: andaba sobre las aguas sin hundirse, curaba con un simple gesto o una expresión, todo ello nada más que por llevar en sí mismo y por infundir en los demás una profunda fe. Precisamente lo que propugnan los adeptos de la Ciencia Cristiana.

Esta llamada Ciencia, como decimos, constituye una secta. Tiene su centro de acción —Boston—, su iglesia, su Evangelio y su santa, la señora Eddy, muerta hace unos cuantos años y venerada por millones de devotos que obedecen ciegamente a los doctores de la extraña religión. Los doctores reciben su título en el Boston Metaphisical College: unos días de estudio y unos cuantos dólares bastan. Luego, curan a todo el mundo diciéndole que no crea en su enfermedad.

"Lo que se cuenta de sus éxitos curativos —dice un autor— es asombroso. Cuando se asiste los jueves a la iglesia de la Ciencia Cristiana y se ve levantarse en todos los bancos fieles que relatan los resultados conseguidos, hasta los más incrédulos se conmueven. Allí se oye a un hombre que se ha curado del reumatismo. Más allá una señora refiere que ha pasado el embarazo y el parto sin molestias ni dolores. Después habla un hombre curado de la tuberculosis, otro de colapsos nerviosos, otro del cáncer. Uno se ha librado del vicio de beber, y otro ha visto sanar, rápidamente y sin dolor, su dedo casi seccionado".

Acaso ayude a comprender este misterio la biografía de la fundadora de la secta, María Baker (nombre de soltera de la señora Eddy), biografía escrita por otra mujer, Georgina Milmine, y que resumimos en esta página. Es una biografía sorprendente, no se sabe bien si la de una iluminada o la de una estafadora, aunque mujer de talento.

La Asombrosa Señora Eddy, Fundadora de la Ciencia Cristiana

MARIA Baker nació en 1821, en Nueva Inglaterra, y era la sexta y última hija de una familia americana típica, cuyo jefe mostraba estos dos rasgos característicos: "una áspera rigidez y un sentido comercial ajeno a toda fantasía". Justamente los dos rasgos que distinguieron toda la vida también a María.

Era una chica hermosa. Fué una mujer hermosa toda su larga vida. Su belleza principal residía en sus "grandes ojos grises, profundos y sombreados por cejas oscuras que poseían en la más alta medida el don de la expresión".

HOLGAZANA Y TIRANA

DESDE jovencita tuvo María conciencia de su belleza y se ensoberbeció de ella. La familia la toleraba en su soberbia y la tenía como cosa aparte. Mientras todos trabajaban en la granja familiar, María se dedicaba a holgar. No paseaba: se entretenía las horas columpiándose.

Desde joven reveló también un fuerte padecimiento histérico. Además de no querer trabajar, faltaba a la escuela, tiranizaba a toda la familia y tendía a una vida casi libertina. El padre fué el último en someterse a su histerismo, pero se sometió también.

ESPOSA Y MADRE

CUNDIAN en aqnella época, en Nueva Inglaterra, las sectas medio religiosas, medio científicas, como el mesmerismo, el espiritismo, el magnetismo animal, el trascendentalismo y otras. María, que las conoció, no pensó entonces, sin duda, pertenecer a ninguna de ellas ni mucho menos fundar una más. Pensaba, como todas las muchachas, en casarse.

Se casó al fin, con un tal Glover, masón y amigo de un hermano suyo. El marido la llevó más al sur, a la Carolina meridional. Poco duró el matrimonio: a los seis meses falleció Glover. María, viuda y en la miseria, regresó a casa de sus padres, donde tuvo su primer y único hijo, Jorge Glover.

SEGUNDO FRACASO MATRIMONIAL

DIEZ años permaneció viuda, viviendo a costa de su familia y, como siempre y cada vez peor, tiranizando a todo el mundo, como si todos tuvieran la obligación de servirla.

El malestar con quienes la rodeaban, aumentaba diariamente: su histeria crecía; empezaron sus alucinaciones de "vidente". Como no podían soportarla más en casa, se desposó en segundas nupcias, esta vez con el odontólogo ambulante Patterson.

Tampoco con su segundo marido pudo hacer vida normal. Patterson concluyó por abandonarla. Ella solicitó el divorcio (en 1866, teniendo, por consiguiente, cuarenta y cinco años de edad) y lo obtuvo en 1873. De su hijo no se ocupó para nada.

APARECE QUIMBY

YA antes de separarse de Patterson se había agravado notablemente su enfermedad. Más de seis años permaneció en el lecho, como una inválida. Supo entonces que vivía en Portland un tal Quimby que curaba infundiendo en los pacientes la fe de que tenían que curar.

Quimby había sido mesmerista; pero descubrió que sólo la fe del enfermo en su propia cura podía curarle, y tomó un nuevo procedimiento: el de infundir la fe en la curación, negando redondamente que las enfermedades existiesen. Con este procedimiento, pronto difundido, fundó una secta, y como era, ni más ni menos, el que en sus curas había adoptado Cristo, aplicó a la secta el nombre de Ciencia Cristiana, redactando su doctrina en unos voluminosos manuscritos que, a falta de editor, hacía copiar a sus discípulos.

A este hombre fué a ver María Baker, señora de Patterson todavía, y viuda de Glover.

SE HACE QUIMBYSTA

TAN enferma se encontraba la futura "santa", que para llegar a presencia de Quimby tuvieron que izarla por la escalera, pues no podía moverse ni tenerse en pie.

No la curó el mago; pero María quedó tan prendada de la "sabiduría" de aquel hombre, que se convirtió en su más fervorosa discípula, le defendió cuando le atacaron y, al morir él, en 1886, se hizo la firme promesa de dedicar el resto de sus días a propagar y practicar las doctrinas del maestro, quedando, de paso, en posesión de sus manuscritos, que ella se proponía editar.

Si no había curado de su enfermedad, tampoco había salido de su pobreza. Vivía del socorro de amigos, que al fin se cansaron de auxiliarla sin que ella abandonase su soberbia de señora, y enferma y todo, con vestiduras raídas, tuvo que largarse a recorrer los pueblos predicando el "quimbysmo" y ganando con ello para vivir.

ABRE CONSULTORIO

ESTAMOS en 1870. En sus prédicas vagabundas, María había logrado atraerse a un joven de veintiún años, Kennedy, que se hizo gran adepto del quimbysmo. Asociado con él (que se dió a sí mismo el título de doctor) abrió en Lynn un consultorio. Allí, mientras él curaba por sugestión, ella daba lecciones del método. La clientela aumentaba y ganaban dinero. María sacaba doctores en doce lecciones, por las que cobraba cien dólares. Luego, "por mandato de Dios", redujo las lecciones a seis y aumentó a trescientos dólares los honorarios.

Muchos discípulos la querellaron ante la justicia, al final del curso, por no haber recibido las maravillosas dotes que ella les había prometido, entre ellas la de resucitar muertos. Pero muchos más creyeron o fingieron creer salir capacitados y siguieron la farsa.

Lo que no anduvo tan bien fué la relación de María y el joven doctor Kennedy. El era un muchacho, que gustaba hasta de entretenerse con los niños de una escuela vecina; y María, por el contrario, iba mostrándose cada día más histérica, cada día más "vidente" y cada día más ambiciosa. Reñía a su compañero porque no se contraía bastante a la ciencia, y un día le dijo: "Ricardo, tú vivirás bastante tiempo para oír sonar las campanas de la iglesia el día de mi cumpleaños".

CON RANCHO APARTE

MARIA había tenido ya la idea de fundar una nueva secta, desligándose del quimbysmo. En 1872 riñó definitivamente con Kennedy, quien la abandonó tan ofendido, que hasta la acusó de impostora.

La histérica, que en el reparto de bienes tocó a seis mil dólares, quedó rodeada de numerosos discípulos. Pronto encontró otro compañero, "esta vez un fanático idealista, Spofford de apellido, que hasta recibía arrodillado la pluma con que ella había escrito "Science and health", una pluma de oro guardada en una cajita de plata".

El nombre de Quimby fué desapareciendo poco a poco de sus enseñanzas. Había escrito un prólogo para el manuscrito del maestro. En 1875 introdujo en el texto algunas modificaciones y lo hizo pasar todo por suyo.

AFIANZA SU DOCTRINA

KENNEDY proseguía por otro lado su curanderismo y su contra a María. Ella no se dejó vencer. Cuando habían actuado en común, habían adoptado la costumbre de frotar la cabeza de todo enfermo antes de disponerse a "curarlos". Kennedy seguía el procedimiento. María resolvió no hacer más que apoyar sus dedos en la frente del paciente, y escribió en los manuscritos que había heredado de Quimby:

"Es preferible acercarse a un médico inficionado de la viruela que someterse al tratamiento de un hombre que manipula la cabeza de sus pacientes y ha hecho traición a la verdadera ciencia".

¡Kennedy quedaba anatematizado! El manuscrito se imprimió y se editó. Fué la primera edición del libro de María (pues apareció sólo con el nombre de ella) denominado "Science and health" (Ciencia y salud) y tan difundido inmediatamente.

María dijo entonces resueltamente que lo que había aprendido de Quimby más bien había retrasado que adelantado su ciencia personal, e introdujo en su doctrina la negación de la materia, junto a la negación de la enfermedad que el maestro le había enseñado.

LA SEÑORA EDDY

UNA multitud fanática seguía las enseñanzas de María. Era ya el jefe indiscutido de una secta que se extendía rápidamente. Su libro "Ciencia y salud" circulaba con profusión. El dinero y la fama acudían.

María, que no podía vivir en paz con nadie, tampoco podía vivir sola. Ya no era su compañero Spofford. Una tarde de 1877 tomó de sorpresa a uno de sus más fieles discípulos, Asa Eddy, le dijo: "Quiero casarme contigo", y se casaron.

"Eddy era un hombre taciturno, vacilante, pero completamente confiado, exactamente lo que ella necesitaba, el hombre de su mujer, blanda cera entre sus manos. Los dos contrayentes declararon ante el juez una edad de cuarenta años; pero ella tenía entonces cincuenta y seis".

María fué desde entonces, para siempre, la señora Eddy.

ATAQUE Y DEFENSA

LAS antiguas dolencias de la señora Eddy se reagravaron. Ella añadió a su doctrina la creencia en los hechizos. Ahora resultaba que los malos deseos de una persona sobre otra podían originar en esta última serios trastornos. A ella la querían mal y por eso estaba enferma. Y ¿quién podía quererla mal? Kennedy, el mesmerista. Mesmerismo fué para ella, a partir de ahí, sinónimo de herejía. El mesmerista Kennedy la tenía embrujada. Trató de desacreditarle más aún, diciendo que era cruel hasta el sadismo.

Pronto no bastó Kennedy para explicar la causa de su mal. La señora Eddy achacó igualmente mala voluntad para con ella y, por lo tanto, mesmerismo, a su otro ex compañero Spofford, luego a Ahrens, otro discípulo.

Para contrarrestar el mal efecto que estos enemigos ejercían sobre ella, sus discípulos fieles debían, al contrario, desearle todos los bienes y adorarla. Así crecía su ascendiente entre ellos.

LA SECTA PELIGRA

TAMPOCO el tercer marido le duró. A éste, como al primero, se lo llevó la muerte.

La señora Eddy llegó al colmo de su furor. Sólo sus enemigos, los mesmeristas, podían haberle arrebatado al esposo. La autopsia reveló que el hombre había fallecido de una afección cardíaca; pero no le faltó médico a la señora Eddy que certificase que en el cadáver se habían hallado vestigios de envenenamiento. ¡Horror!

El mal humor de la señora Eddy se hizo imposible. Tuvo que irse de Lynn, donde ya no la soportaba la población. En 1881, un numeroso grupo de los discípulos más fieles se separó de la Ciencia Cristiana. "En un manifiesto colectivo que publicaron insistían, sobre todo, en que las frecuentes explosiones de furia de la señora Eddy, su hipocresía y su afán de dinero no eran las condiciones más adecuadas para dirigir una comunidad religiosa".

EL TRIUNFO

LA gran histérica se fué a Boston. Tenía sesenta y dos años. Apenas le quedaban discípulos. El fin de su secta parecía próximo.

Pero no era ella de la pasta de los vencidos. En Boston reanudó la lucha y alcanzó los mayores triunfos de su vida. Pronto fundó el Boston Metaphisical College, para producir doctores en la Ciencia Cristiana, y el "Christian Science Journal", para propagar y defender sus doctrinas.

Los discípulos acudieron, los adeptos aumentaron considerablemente. El libro "Ciencia y Salud" se vendía a cuatro dólares el ejemplar, y a menudo aparecía una nueva edición corregida, con nuevas enseñanzas, lo que obligaba a todos los fieles a comprarlo de nuevo. Se vendieron más de 400.000 ejemplares, siempre a casi diez pesos cada uno, porque en las reuniones era la lectura obligada antes de la Biblia y todos los adeptos debían conocer su contenido.

Surgieron sucursales en distintos puntos del país y no tardaron en surgir en el extranjero. La iglesia central alcanzó 40.000 adeptos y las sucursales nacionales 43.000. Dos millones gastaron los fieles en erigir en Boston un magnífico templo.

SIN RIVALES

NO dejó de hallar obstáculos internos y externos la secta en su fabulosa expansión. Fué el más sonado y el más pintoresco, a la vez que el más característico, el de la herejía de la señora Woodbury.

Esta señora, llevando a sus últimas consecuencias la doctrina de la secta, sostuvo que no sólo era posible vencer, por medio de la fe, el dolor, la enfermedad, el hambre, el frío, sino que incluso la mujer podía concebir por sugestión. Un día, ella misma apareció con un hijo. Claro está, afirmó que lo había concebido espiritualmente. Los fieles ofrendaron entonces al niño una veneración decidida, como "príncipe de la paz".

Aquello amenazaba con derribar el señorío de la anciana maestra. Para impedirlo, la señora Eddy declaró tocada de "mesmerismo" a la Woodbury y, aunque ella se defendió bravamente, la venció. En lugar del hijo "concebido espiritualmente", la fundadora ofreció como heredero suyo al joven Foster, pero este joven dejó de agradarle y lo acusó de "mesmerismo" también.

DIOS Y LA SEÑORA EDDY

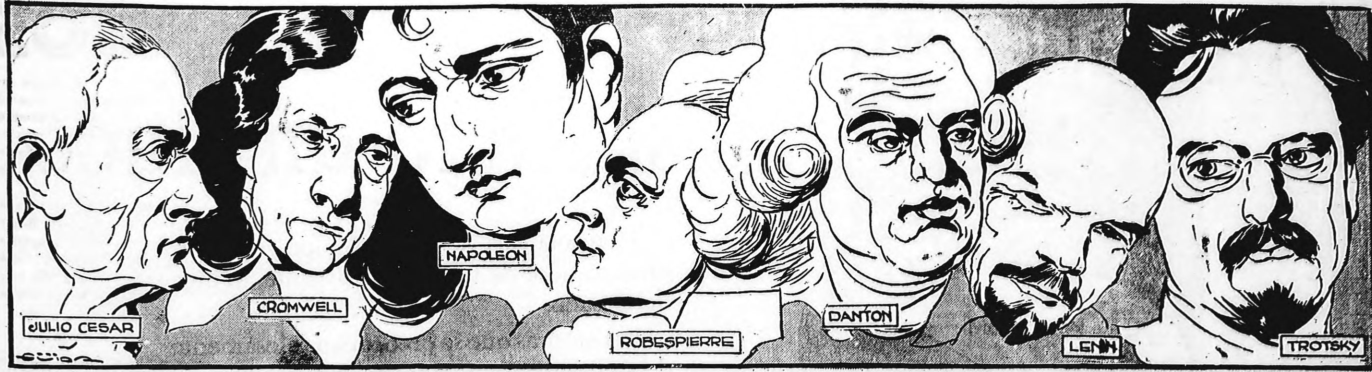
EVIDENTEMENTE, la señora Eddy era la dueña de la situación contra todo y contra todos. Sabía muy bien cómo serlo. Toda reunión que se verificaba en su iglesia debía invocar ante todo su nombre, toda cura que se practicaba debía ser agradecida primeramente a ella y luego a Dios; su libro se leía antes que la Biblia; en las imágenes de su templo aparecía ella sobre toda otra; el Apocalipsis fué interpretado de tal forma que resultó que ya en él se vaticinaba la aparición de la señora Eddy; un pastor protestante no tuvo inconveniente en redactar en forma más correcta el libro "Ciencia y Salud", que así resultó más presentable que como estaba, en mal inglés y con las citas bíblicas erróneas. "Dios y la señora Eddy forman mayoría", se llegó a decir, y aunque en el libro capital se leían garrafales errores científicos sobre las enfermedades más comunes, la "santa" no descendió del altar.

Sus fieles le construyeron en su templo una habitación de ónix y oro, fantásticamente lujosa. La señora Eddy sentía cada vez más fuertes sus ataques histéricos. Todos confiaban en que, de acuerdo con su doctrina, vencería a la muerte, pues ella no deseaba morir. Sin embargo, murió; a edad avanzadísima, pero murió. La doctrina no sufrió descrédito por eso. Hay que recordar que en esa doctrina se admitía el efecto del influjo de los enemigos sobre las personas. A la señora Eddy la mató la mala voluntad de sus enemigos, lo que sirvió para realzar su memoria y venerarla muerta más que había sido venerada en vida.

JOHN SMERY.

Ilustró GUIDA





Psicología de Robespierre Como Jefe Revolucionario

Por GONZALO R. LAFORA

I

NADA más difícil que escribir modernamente una biografía. El escritor necesita una ecuanimidad exquisita y una cultura multiforme para apreciar con valorizaciones semejantes las diversas facetas o "yos" de todo hombre. Cualquier prejuicio, cualquier apasionamiento, hacen enfocar con más intensidad uno de los aspectos de la personalidad del biografiado, y entonces la totalidad del hombre sale desfigurada, desequilibrada y perdida su unidad, aunque esta unidad esté integrada por aspectos contradictorios de la individualidad.

LOS REVOLUCIONARIOS

EN el estudio de personalidades revolucionarias las dificultades se acentúan aún más por el apasionamiento en los juicios favorables o adversos dejados por sus contemporáneos Por poca simpatía o antipatía que el biógrafo tenga hacia el personaje que estudia, utilizará inconscientemente en sus materiales reconstructivos una mayor abundancia de datos favorables o adversos a la personalidad biografiada. Todo revolucionario, pero singularmente los jefes destacados de una revolución, presenta a nuestra consideración un lado ideal, muchas veces utópico, de su personalidad y actividades, y otro lado inferior, impulsivo, a veces patológico; "el deseo de poder". Alrededor de estas dos fuerzas, casi contradictorias, se agrupa en la caracterología del jefe revolucionario otra múltiple serie de tendencias o capacidades — euforia o misantropía, frivolidad o crueldad, extroversión o introversión — que contribuyen al colorido variadísimo de cada personalidad. Tal, por ejemplo, las diferencias entre la fogosidad oratoria y sugestiva de un Dantón, la violencia agresiva e inteligente de un Marat, y la frialdad reservada y egoísta de un Robespierre. Tal la que ha existido en nuestros días entre el espíritu conciliador y oportunista de un Lenin y la sistemática e inquebrantable solidez de ideales en un Trotski.

ROBESPIERRE Y ROSAS

UN deseo de justo equilibrio en los juicios es lo que más se destaca en el análisis de Henting sobre el caso de Robespierre. Pretende el autor llegar al análisis de los más mínimos detalles que han intervenido en los actos de Robespierre, para explicarlos como consecuencia determinista de su personalidad psicopatológica. Es muy interesante la minuciosidad informativa con que Henting ha recogido todos los antecedentes familiares de Robespierre, sobre todo los escasos conocidos de la vida misteriosa de su padre, para darnos una visión precisa de la influencia de la herencia sobre la constitución psicofísica del joven Robespierre.

Nos aparece así la figura de Robespierre como la de un individuo débil, frígido sexualmente, ascético, rígido y dogmático y con ideas delirantes mesiánicas de innovación religiosa. Su ambición de poder y su frialdad afectiva lo llevan a desembarazarse despiadadamente de sus enemigos y de los compañeros que se interponen a sus ambiciones y a su afán de dominio. En ciertos momentos de destrucción y aniquilamiento de las disgregantes personalidades revolucionarias reconstruye el vacilante Estadc francés y recuerda la figura del tirano Rosas en la Argentina.

HOMBRE SIN AMOR

HENTIG concede mucha importancia en la caracterología de Robespierre a su rebajado o deficiente impulso erótico, encubierto bajo sus pretensiones de moralidad ascética. Esto es causa de su timidez y de las explosiones de crueldad o falsa energía de los tímidos. En la familia de Robespierre se encuentra con frecuencia esta misma característica de la atenuación del impulso reproductor (muchos solteros, vida monástica, matrimonios sin descendencia o tardíos). La frialdad afectiva y erótica de Robespierre le permite construir su propia personalidad como "incorruptible" a todas las influencias externas. La masa popular lo admira como un ser libertado de las miserias y servidumbres humanas del amor y la pasión, como algo "superhumano", sin amor femenino y sin hijos. Para Henting esta "afirmación" frente a las tendencias corruptoras de la vida y del medio deriva de una disminución de las tendencias sexuales impulsoras de la propagación de la especie.

TENDENCIAS FEMENINAS

ESTE estado de imprecisa determinación sexual o "intersexual" se manifiesta en Robespierre en otros detalles imperceptibles de su vida, tales como su coquetería afeminada y su simpatía por otros seres o personajes de ambos sexos con semejante estructura intersexual. Así su debilidad por el afeminado Saint Just, por Barboroux o por Petion y la admiración por madame Rolland, la cual lo subyugaba por su masculinidad y brillantez de talento. Ya Michelet había observado que ambos tenían los mismos defectos y por eso se sentían atraídos. Robespierre, ante este tipo de mujeres poco femeninas, como ante la misma Catalina Theot, estaba tranquilo, porque ningún conflicto sexual le podían provocar.

CONTRA EL PLACER

ESTA frigidez erótica eunucoide de Robespierre se cristalizaba, como en Crómwell, en Torquemada y en su contemporáneo Chaumette o en Catalina Theot, en un odio a toda sexualidad, al placer. Es un resentimiento, del que deriva la idea sistemática de procurar la felicidad de la humanidad mediante una moral rígida, sólo posible de alcanzar imponiéndola por el dolor y el terror.

DESPOTA CRUEL

CUANDO Robespierre llega a dictador, después de haber tenido que guillotinar a miles de personas y a muchos compañeros revolucionarios, como Dantón y Desmoulins, que obstaculizaban su política, tropieza con las inmediatas dificultades de todo dictador demagogo para contentar las ambiciones populares, excitadas por las promesas utópicas de la revolución.

Estas dificultades las resuelve siempre con nuevos guillotinamientos de los supuestos culpables de todos los fracasos políticos. Así sofoca la sed de venganza del pueblo durante cierto tiempo. Su defensa es la de todo dictador; que los enemigos de su política son enemigos del poder y aliados del Extranjero y, por tanto, antipatriotas que hay que anular. Al final de su exaltación dictatorial, inficionado por las ideas de grandeza en que suelen incurrir los dictadores, imagina una religión republicana y celebra en París la fiesta religiosa del Ser Supremo, del cual él se siente el profeta o representante en la tierra. Es ya el final de su exaltación.

EJECUTADO A SU VEZ

A LOS seis años de revolución, Francia no puede resistir más la dictadura del terror, provechosa al Estado en ciertos momentos, y aniquila a Robespierre en la guillotina. La rigidez de espíritu, la ambición y falta de flexibilidad de éste, le impidieron comprender el momento de abandonar el Poder. Es defecto que abunda entre los dictadores.

Esta es la curiosa biografía de Robespierre.

II

LOS DICTADORES

ANALICEMOS un poco la caracterología del dictador francés.

Dentro de las constituciones psíquicas esquizotímicas, basadas en estructuras corporales, pueden hacerse tres grupos caracterológicos, siguiendo las ideas de Kretschmer; primero, los idealistas y moralistas puros, como Kant, Schiller y Rousseau; segundo, los déspotas y fanáticos, como Savonarola, Calvino y Robespierre, y tercero, los calculadores fríos, como Federico "el Grande".

CONTRA TODO

ROBESPIERRE es el tipo más representativo de ese grupo de personalidades esquizotímicas, despóticas y fanáticas, dominadas por un "pensamiento artístico" disgregado de la realidad y dispuesto a llevarlo a cabo contra toda oposición de la realidad. Todo lo que signifique vida, alegría, satisfacción de la realidad tiene que morir para dar paso al frío esquema ético-religioso o político del déspota y fanático. Pero éste actúa siempre influenciado. Robespierre, el sanguinario, resulta el discípulo del idealista Rousseau, cuyo "Contrato social" es su libro predilecto. Este discípulo monstruoso quiere llevar a la realidad las ideas íntegras de su libro amado y aniquila todos los obstáculos. Carácter lleno de contrastes: la frialdad afectiva junto con la excesiva tensión sentimental, el mayor idealismo con la mayor brutalidad, la aparente infidelidad con la mayor rectitud de principios, la energía fanática junto con el brusco abandono de decisiones. "Un criminal moralista, un inhumano de la humanidad", como lo ha calificado Kretschmer. ("Korperbau und Charater". Berlin, 1922, pág. 185).

EL FANATICO

ES un ejemplo vivo de ese interesante lazo de unión entre el idealista puro (Rousseau) y el revolucionario de acción (Robespierre). Es el hombre fanático que quiere llevar a la realidad la utopía que su pensamiento artístico ha aceptado como ideal de vida. El mismo fenómeno de relación que vemos entre el idealismo de Carlos Marx y su aplicación rígida a la realidad rusa por un Trotski.

Curiosos fenómenos de influencia espiritual entre personalidades constitucionalmente afines, cuyo conocimiento psicológico es de gran importancia para el historiador y el sociólogo.

ILUSTRO GUIDA

EL GENIO

LAS personalidades psicopáticas existen siempre; pero en los tiempos de calma son conocidas y juzgadas por los normales, y en los tiempos revolucionarios son ellas las que sojuzgan y dominan a los normales. Muchos de los hombres destacados ofrecen en su caracterología rasgos psicopáticos evidentes; pero hoy no podemos aceptar aquella combatida conclusión lombrosiana de que el genio es locura. La moderna formulación de Kretschmer ("Geniale Menschen". Berlín, 1929, pág. 21) representa claramente la posición científica actual respecto al problema del genio. Dice así: El genio es, biológicamente hablando, una rara y extrema variante de la especie humana. Tales variantes extremas muestran múltiplemente en la biología una escasa estabilidad de su estructura, una elevada tendencia desintegrativa y grandes dificultades de propagación en su herencia, como término medio de su clase". Este conocido hecho biológico nos explica que en las variantes geniales de la especie humana encontremos en el terreno psíquico una debilidad y sensibilidad extremas de la vida anímica y una considerable tendencia a las psicosis, neurosis y psicopatías. Así, pues, la alta valoración sociológica del genio, en el sentido normativo filosófico, se separa marcadamente de su baja valorización biológica.

Una Zarina Autócrata, un Monje Libertino, un Espejo de Corrupción

Por LEON TROTZKY

DOTADA de un carácter fuerte y de capacidad para la exaltación seca y dura, la zarina completaba al abúlico zar, dominándolo.

El 17 de marzo de 1916, un año antes de que estallara la revolución, cuando el país mártir se revolcaba ya atenazado por la derrota y la ruina, la zarina escribía a su marido, al cuartel general: "...No debes dar pruebas de blandura, nombrar un gobierno responsable, etc., hacer todo lo que ellos quieren. Son tu guerra y tu paz, tu honor y el de nuestra patria y no los de la Duma, los que se ventilan. Ellos no tienen derecho a pronunciar ni una palabra respecto a estas cuestiones". Por lo menos, era un programa rotundo y escueto, y por serlo, acababa siempre por imponerse a las vacilaciones constantes del zar.

PUÑETAZOS EN LA MESA

CUANDO Nicolás II salió a ponerse al frente del ejército como generalísimo ficticio, la zarina tomó en sus manos, de hecho, las riendas del gobierno interior del país; los ministros despachaban con ella, ni más ni menos que si se tratara de una reina gobernadora. La zarina, con su camarilla, conspirapa contra la Duma, contra los ministros, contra los generales del estado mayor, contra todo el mundo, hasta contra el propio zar. El 6 de diciembre de 1916, escribíale al monarca: "...Puesto que ya has dicho que querías retener a Protopopov, no dejes que se atreva (se refiere a Trepov, el primer ministro) a pronunciarse contra ti, da un puñetazo sobre la mesa, no hagas concesiones, demuestra que eres el amo, cree a tu dura mujercita y cita a nuestro amigo, ten fe en nosotros". Tres días después vuelve a insistir: "Sabes que la razón está de tu parte, mantén alta la cabeza, ordena a Trepov que trabaje de acuerdo con él..., da un puñetazo sobre la mesa". Estas frases parecen cosa de invención; pero no, no inventamos nada; están tomadas al pie de la letra de cartas auténticas de la zarina. Además, aunque se quisiera, la invención no podría llegar a tanto.

El 13 de diciembre la zarina escribe nuevamente al zar, volviendo sobre sus sugestiones: "Todo menos el gobierno responsable con que sueña insensatamente todo el mundo. Esto está todo más tranquilo y mejor; pero la gente quiere que sientes el puño. ¡Qué sé yo cuánto tiempo hace que oigo por todas partes lo mismo!: a Rusia le gusta sentir el escozor del látigo, lo pide su cuerpo". Aquella princesa de Hessen convertida a la religión ortodoxa, educada en Windsor y coronada con la tiara bizantina, no sólo "encarna" el alma rusa, sino que la desprecia orgánicamente: su cuerpo pide el látigo, escribía la zarina rusa al zar ruso del pueblo de Rusia, dos meses y medio antes de que la monarquía se sepultara para siempre en el abismo.

VULGAR, NECIA Y FEA

LA zarina, superior a su marido en carácter, no lo era en inteligencia, sino acaso inferior y todavía más inclinada que él a buscar la sociedad de los simples de espíritu. La íntima y jamás desmentida amistad que les unía a ambos con la Wirubova, una dama de palacio, nos da la medida del calibre espiritual de la pareja autocrática. La propia Wirubova se calificaba a sí misma de tonta, sin que en ello hubiese por cierto asomo de modestia. Witte, a quien no se le puede negar el ojo certero, decía de ella que era como "una señorita petersburguesa vulgar y necia, y además fea, con una cara que parecía una burbuja de manteca al derretirse".

El zar y la zarina se pasaban horas enteras charlando, consultando los negocios públicos y manteniendo correspondencia con esta mujer, a la que cortejaban servilmente, deshaciéndose en reverencias, los viejos dignatarios, los embajadores y los financieros y que, aunque tonta, tenía el talento suficiente para no olvidarse de llenar el bolsillo y tener más influencia en la vida política que la Duma imperial y todos los ministros juntos.

APARECE EL "AMIGO"

PERO la Wirubova no era más que el "medium" del "Amigo", aquel "Amigo" cuya autoridad campeaba sobre los tres... "Esta es mi opinión personal — escribía la zarina al zar, — ya veremos lo que piensa nuestro "Amigo". La opinión del "Amigo" no era ya personal sino decisiva. "Me ratifico en lo dicho — repite la zarina unas cuantas semanas después.—Oyeme a mí, es decir, a nuestro "Amigo", y confía en nosotros para todo... Sufro por ti como si fueras un niño pequeñito y débil que necesita que le guíen, pero que presta oídos a malos consejeros, mientras el hombre enviado por Dios le dice lo que hay que hacer'".

"...Con las oraciones y la ayuda de nuestro "Amigo" todo se arreglará".

"Si no le tuviéramos a él, ya haría tiempo que todo habría terminado, estoy completamente persuadida de ello".

El, el Amigo, el enviado por Dios, era Grigori Rasputin.

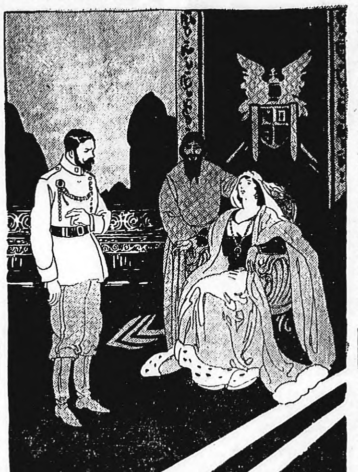
LA CAMARILLA DE LOS LEPROSOS

DURANTE todo el reinado de Nicolás II y de Alejandra no cesaron de desfilar por palacio adivinos y epilépticos traídos de todos los ámbitos de Rusia y de otros países. Había proveedores de la real casa encargados especialmente de suministrar esta mercancía, y que se congregaban en torno al oráculo de turno, rodeando al monarca de una especie de Cámara todopoderosa. Había de todo: viejas beatas con título de marquesas, dignatarios que ambicionaban algún empleo y financieros que tomaban en arriendo a gabinetes enteros. Los jerarcas de la Iglesia ortodoxa, celosos de esta competencia intrusa ejercida por hipnotizadores y adivinos sin patente oficial, se apresuraban a abrirse caminos propios en aquel santuario central de la intriga. Witte llamaba a esta pandilla gobernante, contra la que se estrelló por dos veces, "la camarilla palaciega de los leprosos".

ENCERRADA EN SU CASCARA

CUANTO más se aislaba la dinastía y más abandonado se sentía el monarca, mayor era la necesidad que sentía del auxilio del cielo. Hay tribus salvajes que para llamar al buen tiempo hacen girar en el aire una tablilla atada al extremo de un hilo. El zar y la zarina usaban estas tablillas para los fines más diversos. El vagón del zar estaba literalmente cubierto de imágenes y cuadritos de santos y de toda clase de objetos de culto, con los que quiso hacerse frente, primero, a la artillería japonesa, y luego, a la alemana.

El nivel de los medios palatinos no había variado gran cosa, en realidad, de una en otra generación. Bajo Alejandro II, llamado "el Emancipador", los Grandes Duques creían sinceramente en los duendes y en las brujas. Bajo Alejandro III seguía todo igual, aunque más en calma. La "camarilla de leprosos" existió siempre. Lo único que variaba era su composición y sus procedimientos. Nicolás II no creó aquella atmósfera de medievalismo salvaje, sino que la heredó de sus antepasados. Lo que ocurre, es que durante aquellos años el país se fué modificando, los problemas se complicaron, se elevó el nivel de cultura y la camarilla palaciega quedó rezagada. Si la monarquía, bajo la presión del exterior, se veía obligada a hacer concesiones a las nuevas fuerzas, interiormente no había conseguido, ni mucho menos, modernizarse; al contrario, se encerraba en sí misma, y el espíritu medieval se fué coagulando bajo la acción de la hostilidad y del miedo, hasta convertirse en una pesadilla repugnante que se cernía sobre el país.



UN SANTO INFLUYENTE

EL primero de noviembre de 1905, en el momento más crítico de la primera revolución, el zar escribe en su diario: "He conocido a un santo llamado Grigori, de la provincia de Tobolsk". Era Rasputin, campesino siberiano, con un rasguño rebelde a cerrarse en la cabeza, recuerdo de los golpes recibidos en sus tiempos de cuatrero. Presentado en Palacio en el momento propicio, el "santo" no tardó en encontrar auxiliares de alto copete, o por mejor decir, fueron ellos los que le encontraron a él, y así se fué formando una nueva pandilla gobernante, que se adueñó enérgicamente de la voluntad de la zarina y por medio de ella, de la del zar.

En las altas esferas de la sociedad petersburguesa hablábase ya sin recato, desde el invierno de 1913-1914, de que todos los altos nombramientos, los contratos de suministros y concesiones pasaban por la camarilla de Rasputin. El "staretz" iba convirtiéndose poco a poco en una institución pública. La policía le guardaba las espaldas celosamente, y los ministerios rivales tenían las miradas fijas en él. Los agentes del Departamento de Policía llevaban un diario de su vida, en que no faltaba un solo detalle; por ejemplo, que al visitar Pokrovski, su pueblo natal, Rasputin, en estado de embriaguez, se había liado a golpes con su padre en medio de la calle, dejándolo ensangrentado. Aquel mismo día, 9 de setiembre de 1915, Rasputin enviaba dos afectuosos telégramas, uno a Tsarkoi-Selo, a la zarina; otro al cuartel general, para el zar.

SIEMPRE LA MISMA MELODIA

LOS agentes registraban día tras día, en un lenguaje épico, las andanzas del "Amigo". "Hoy ha vuelto a casa a las cinco de la mañana, completamente ebrio". "La noche del 25 al 26 la pasó en casa de Rasputin la artista V." "Ha llegado con la princesa D. (esposa de un gentilhombre de cámara del Palacio del zar) al hotel Astoria..." Y a poco: "Ha vuelto a casa, procedente de Tsarkoi-Selo, cerca de las once de la noche". "Rasputin ha llegado a casa con la princesa Ch., muy embriagado, y en seguida volvieron a salir". Otro asiento: "Llegó a casa a las cinco de la mañana, bastante embriagado". Siempre la misma melodía, durante meses y años, una melodía en que no había más que tres notas: "bastante embriagado", "muy embriagado" y "completamente embriagado". El general de la gendarmería, Klobachev, reunía y refrendaba con su firma estas noticias, tan trascendentales para la vida del Estado.

RASPUTIN DECIDE

LA influencia de Rasputin se mantuvo en su apogeo durante seis años, los últimos de la monarquía. "Su vida en Petersburgo — cuenta el príncipe Yusupov, copartícipe hasta cierto punto de ella, y más tarde asesino de Rasputin — se había convertido en una fiesta continua, en la borrachera insaciable de un presidiario a quien de pronto, inesperadamente, se le viene la dicha a las manos". "Tenía en mi poder — escribe el presidente de la Duma, Rodzianko — una gran cantidad de cartas escritas por madres cuyas hijas habían sido deshonradas por aquel desvergonzado libertino". "El metropolita de Petrogrado, Pitirín, y el arzobispo Varnava, casi analfabeto, debían sus puestos a Rasputin.

El procurador del Santo Sínodo, Sabler, permaneció en el cargo durante largo tiempo por voluntad del "staretz", y él fué también el que impuso la destitución del primer ministro Kokovtsev, que no había querido recibirle. Rasputin nombró a Sturmer presidente del consejo de ministros; a Protopopov, ministro de la Gobernación; a Raiev, nuevo procurador del Sínodo, y así a muchos más. El embajador de la República Francesa, Paleologue, solicitó una entrevista con Rasputin. Cuando estuvo delante de él, le besó, exclamando: "¡Voilá un veritable illuminé!" Todo por ganar el corazón de la zarina para la causa de Francia.

El judío Simanovich, agente financiero del "staretz", fichado por la policía como jugador y usurero, hizo nombrar ministro de Justicia por mediación de Rasputin a un sujeto llamado Dobrolovski, que era sencillamente un ladrón. "No dejes de ver la pequeña lista que acompaño — escribe la zarina al zar, hablándole de los nuevos nombramientos. — Nuestro "Amigo" me pide que hables de todo esto con Protopopov". Dos días después: "Nuestro "Amigo" dice que Sturmer puede seguir siendo presidente del consejo de ministros durante algún tiempo". Y a poco: "Protopopov siente una verdadera veneración por nuestro amigo, y el cielo le bendecirá".

ILUSTRO GUIDA

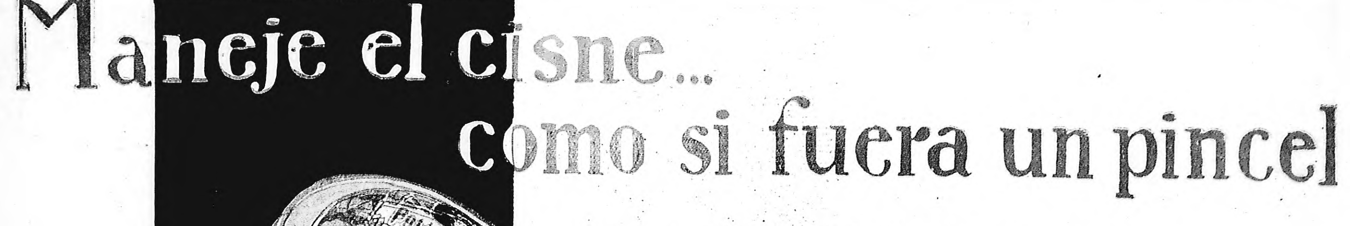
COMO LOS APOSTOLES Y CRISTO

EN uno de aquellos días en que los agentes de la policía registraban cuidadosamente el número de botellas y de mujeres, la zarina escribía, toda afligida al zar: "Acusan a Rasputin de besar a las mujeres y de otras cosas por el estilo. Lee los Apóstoles y verás cómo besaban a todo el mundo como saludo". Seguramente que el argumento de los Apóstoles no hubiera convencido a los agentes encargados de vigilar al "staretz".

En otra carta, la zarina va todavía más allá: "Durante la lectura del Evangelio — escribe — he pensado mucho en nuestro "Amigo", al ver cómo los escribas y fariseos perseguían a Cristo, fingiendo ser unos hombres perfectos... ¡Qué verdad es aquello de que nadie es profeta en su tierra!"

El comparar a Rasputin con Jesucristo era cosa corriente en aquellas altas esferas, y no tenía nada de particular. El miedo a la poderosas fuerzas de la historia, que amenazaban desencadenarse, era demasiado grande para que los zares pudieran contentarse con un Dios impersonal y con la sombra incorpórea del Cristo de los Evangelios. Necesitaban nuevo advenimiento del "Hijo del hombre". La monarquía, empujada al abismo, agonizante, encontró un Cristo a su imagen y semejanza.

"Si Rasputin no hubiera existido — dijo un hombre del antiguo régimen, el senador Tagansev — no habría habido más remedio que inventarlo". En estas palabras hay mucha más sustancia de lo que se imaginaba su autor. Si por "atorrantismo" entendemos lo que hay de más antisocial y parasitario en los senos de la sociedad, podremos decir, sin temor a equivocarnos, que la "rasputiniada" fué el "atorrantismo" coronado en el apogeo de su esplendor.



Piel Natural

Ocre

Rosado

Caja Tricolor
Unico en el mundo

LE SANCY

Caja Grande 1.90
Caja Media 0.70

Una sola caja de polvos, **de un solo tono,** en el tocador de una dama elegante, es algo del pasado.

Las señoras que se preocupan celosamente de su estética femenina, necesitan, para destacar sus encantos, tener al alcance de sus manos, tres tonos de polvos: **ocre, piel natural y rosado.**

Manejando el cisne como el pintor maneja su pincel, utilizando cada color en la proporción necesaria, pueden destacar o atenuar una arruga incipiente, una turgencia excesiva.

La caja Tricolor "LE SANCY" resuelve el problema en forma cómoda y económica.

Perfumería
Dubarry

ADEMAS EN CAJAS
- Piel natural
- Rachel
- Ocre
- Morocho
- Rosado
- Tricolor
- Chair (útima moda)

L. S. 5.
Estación Rivadavia transmite los días
Lunes, Miércoles y Viernes
de 21.30 hasta 22.30 horas.
la "HORA SELECTA" de DUBARRY